

—Algo tiene la señora. ¿Se habrá enterado al fin el marido?

Así continuó en la comida, en el coche y en el teatro, hasta que la de Ethorel le indicó en las butacas de orquesta á Vincy, que las miraba.

—¿El poeta de la Condesa?—repuso Susana con indiferencia.

Recordó que durante la visita habló al joven de ir á la Opera, y le miró á su vez con los gemelos de plata cincelada, regalo del Barón. ¿Se habría éste apercebido de la observación de la de Ethorel? Pero no, tenía conversación muy seria con Crucé—hablaban de cocinar.—Renato separó los ojos tímidamente; Susana se preguntó: «¿Qué es lo que siento?»

Por primera vez en su vida, quizás, la música hizo vibrar en Susana una cuerda de emoción. Pasó la noche combatida por el placer que le causaba la presencia de Renato y el temor de que subiera á saludarla al palco. Pero Vincy, avergonzado de haber sido notado, ni volvió á fijar sus ojos en la bañera, ni esperó la salida de Susana. Cuando dejó caer su linda cabeza sobre la almohada de encaje, solicitada todavía por su capricho, lanzó estas palabras, final de la situación del día: «¡Dios quiera que no pregunte detalles de mi existencia á su amigo Larcher!»

## IX

## UNA CÓMICA DE BUENA FE

Por la mañana, antes de las nueve, entraba Pablo todos los días en el cuarto de su mujer. Ya ella había tomado su baño y se entretenía en varias menudencias, con un traje ligero y al viento sus rubios cabellos. Pablo tenía por el mejor instante el rato, unos tres cuartos de hora, que pasaba en el dormitorio perfumado y ventilado de Susana, tomando el té en una mesita portátil que se colocaba al lado de la ventana. A las diez debía estar en su oficina, de donde no volvía para el almuerzo, sino que se dirigía para restaurar sus fuerzas, á las doce ó doce y media, á uno de esos cafés elegantes, y de prisa pedía el plato á la moda, vino y el moka, gastando lo menos posible, para rivalizar con su mujer en punto á economía. Pero el té de la mañana le indemnizaba. Había ocasiones en que le decía:—«Sin estos momentos no sabría de tí muchos días.»—Él la servía, le preparaba la mantequilla, se preocupaba si la veía los ojos tristes y

la cara fatigada como de haber pasado mala noche, cual sucedió aquella en que Susana vió en la Opera á Renato. Y es que la imagen del poeta le atormentó, por el capricho que engendrara en lo que aún quedaba de sensibilidad á esta criatura. Como su talento era ante todo positivo, verdadero talento de hombre de negocios al servicio de las fantasías de una linda mujer, pesaba los medios todos de satisfacer su apasionado capricho. La primera condición consistía en ver de nuevo al poeta y verle con frecuencia, y esto no podía realizarse en su casa. Buena prueba de esta dificultad la pregunta que le hizo Pablo á la mañana siguiente:

—¿Ha venido mucha gente á verte ayer tarde?

—Nadie—contestó.

Y como su procedimiento ordinario era no decir mentiras inútiles, añadió:

—Sólo Desforges y aquel muchacho, autor de la comedia que se hizo anteanoche en casa de la Condesa.

—Siento no haberlo visto, porque me gustan mucho sus versos: ¿y qué tal, es Renato Vincy presentable?

—Ni bien ni mal—repuso ella;—insignificante.

—¿Se encontró con Desforges?

—Sí; ¿por qué?

—Hablaré de él con el Barón, que seguramente le habrá juzgado del primer golpe de vista, pues conoce bien á los hombres.

—¡Manía como la suya! Todo ha de contárselo al Barón—dijo para sí ella cuando su marido se alejó, después de habérsela comido á besos.—Es realmente necio.

Y le aborrecía ahora por esa confianza absoluta en Desforges, á que tanto había contribuido.

Pasó un día perseguida por tales contradicciones, hasta el punto de que cuando llegó la Leroux, señora de cierta edad, que cuidaba las manos y los pies más aristocráticos de París, no logró arrancar una sola palabra á su bella cliente, de quien se deshacía siempre en elogios. Es que tropezaba con grandes dificultades para las entrevistas con Renato que soñaba. En sociedad imposible, porque él no la frecuentaba, y si la hubiera frecuentado, peor, porque se lo disputarían. En la calle de Murillo procuraría Susana grabarse en el corazón del poeta; pero Desforges se oponía como obstáculo. Por primera vez en su vida se encontraba prisionera, y odiaba aquel á quien todo se lo debía. Almorzó sola, como de costumbre, y sobriamente, porque á pesar de las economías que había introducido en su

presupuesto, no le hubiera alcanzado si no sacrificase algo de lo que no se veía. Su tristeza la llevó á un momento de desaliento extraño en ella, y pensó:—«¿Para qué?»—En efecto, aquella misma tarde en que se complacía con la imagen de Renato, ¿no se hallaba citada con Desforges? ¡Ah! después de vestida en forma conveniente para el género de visitas de que se trataba y acomodada en un coche, Susana habría llorado de buena gana. Cuando arrancó, en la esquina de su calle estaba Renato; ¡qué emoción la de ambos! Cruzáronse sus miradas, y pensó que él también la amaba. Renato se fué, lamentándose de su indiscreción, y ella, siguiendo su camino, se entregaba en pensamiento, como lo hiciera en cuerpo y alma á haber podido. Su plan quedó formado; comprometer al poeta en dos ó tres sesiones y darle su amor por sorpresa. ¿Y si Renato la despreciaba por esa facilidad? Porque los hombres generalmente no saben apreciar lo que hay de espontáneo y de irresistible en el sentimiento de una mujer sin reservas. Pero cuenta era de su tacto, y en este punto se consideraba segura de sí misma.

La alegría de tener un proyecto redondeado y la alegría de engañar al sutil Desforges, la movía á presentarse satisfecha y sin recelos en aquella entrevista á que iba.

Despidió el coche, como de costumbre, y penetró bajo los arcos de la calle de Rivoli. La casa destinada por el Barón al objeto, constaba de dos puertas, rara circunstancia que se cotizaba en la vida galante, y que Federico estimó en mucho, como era de apreciar también aquella fachada triste y solemne del edificio de la calle del Monte-Tabor; entre-suelo amueblado y compuesto de una antesala, salón y comedor en una pieza, dormitorio y tocador; todo ello decorado con gusto y el talento que se necesita para los alicientes y el silencio; obra, en fin, acabada del sensualismo de Desforges, cuyo ayuda de cámara, fiel y discreto, cuidaba con provecho propio. Susana, en sus innumerables visitas á esta mansión de placer, jamás había discurrido lo que discurría en la presente. ¡Qué dicha si en vez del Barón hallase en el lugar de los amores á Renato! De memoria se sabía todos los detalles, desde el momento en que deshacía su tocado hasta el instante en que lo arreglaba para salir, cuando el Barón le recordaba que la hora había llegado. Este día, por el contrario, fué ella la que por la disposición de su ánimo entró diciendo:

—Federico, hoy he de abandonarte pronto.

—¿Es que quieres que seamos juiciosos?— contestó el Barón quitándose el abrigo.—¿Por

qué no me has enviado dos letras y hubiéramos aplazado la entrevista?

—En realidad es bien condescendiente.

Esto pensó Susana con cierto remordimiento. Se despojó de su sombrero, y al quedar en descubierta aquellos pendientes de brillantes que de él había recibido, se agolparon á su mente los infinitos beneficios de igual origen. Por eso, repuso en el acto y movida por un sentimiento de honradez relativa:

—Porque me hubiera contrariado mucho no venir y privarme de esta felicidad. Bien le debo esta declaración—añadió para su interior.

Esta misma inclinación á ser leal la obligó aquella tarde, durante hora y media, á mostrarse más amante que nunca, hasta el punto de que Desforges, viéndola tan decidida, y recuperando fuerzas con dos dedos de excelente vino de Jerez, no pudo menos de exclamar:

—Susana, ¿qué diría Noirot?

¿Y quién era Noirot? Pues un doctor que diariamente cuidaba de la higiene de Desforges, que calculaba su existencia con gran método, desde el ejercicio corporal hasta los restos de una prevista decadencia.

Tenía el Barón como recogida en su casa una pariente pobre y piadosa, á cuyas obras

contribuía anualmente con una gruesa suma. Cuando le elogiaban la acción, contestaba con su acostumbrado cinismo, que era preciso pensar en los días de la ancianidad, y que nadie se vería mejor asistido que él en París por esta hermana de la Caridad. Susana gustaba este modo de entender la vida, y sin embargo, cuando pronunció el nombre del doctor, fijó la vista en las señales de abatimiento que mostraba el semblante de Desforges, é involuntariamente tuvo la noción exacta de lo ingrato de su existencia. Es realmente martirio horrible que una mujer se vea obligada á sufrir el cariño de un hombre á quien no ama, aunque sea joven, aunque esté enamorado; pero cuando se trata de alguien que se acerca á la vejez y paga la obligación, entonces la tortura se hace intolerable. Desforges fué viejo para Susana, quizás por vez primera, sobre todo comparándole con aquella imagen fresca, íntegra, que la perseguía sin cesar y cuyos sentimientos seguramente no se regularizarían por la higiene. Decidida ya y por esto á todo, mientras se ponía su sombrero dijo con intención marcada:

—Antes se convidaba usted á almorzar sin previo aviso. ¿Cuándo le esperaré?

—Mañana no puede ser, ni pasado mañana tampoco...

—Entonces el martes, y esta noche en casa de la de Sermoises. ¿No es eso?

—Encantadora criatura, cuántas aventuras pudiera tener, y no piensa sino en complacerme—pensó el Barón.

—Hasta pasado mañana—reflexionó Susana siguiendo la calle del Monte-Tabor, mirando á uno y otro lado, sin casi mover los ojos.—Ya estoy segura de quedarme sola; pero ¿qué pretexto dar á Renato (así le llamaba ahora) para hacerle venir? ¡Ah! Algunos versos del *Sigisbeo* para una señora amiga mía. Contando con que no cometa ninguna imprudencia mientras tanto que continúe amándome, y que nadie le hable mal de mí.

Claudio era un peligro, pero ya lo evitaría cuando viese á Renato.

¿Dónde vivía éste? La Condesa de Komof se lo diría, y aquella hora justamente era la á propósito para visitarla; tomó un coche y llegó á la calle del Bel-Respiro. Encontró sola á la Condesa y la sacó cuanto deseaba; máxime teniendo en cuenta que la señora, satisfecha del éxito de su reunión, hablaba del poeta como ideal, modesto y encantador; el Pouschkine del fin del siglo.

¿Iría Renato?, se preguntaba Susana cuando, después de enviarle dos letras, se consumía en la fiebre del amor naciente, tan reco-

mendada por los profesores de seducción cuando estas enseñanzas se hallaban de moda. Ya conocería ella en su semblante si alguna sombra había obscurecido su penetrante recuerdo.

En tal agonía llegó el instante, y cuando el criado introdujo al poeta, su corazón golpeaba el pecho aún más fuerte que el de su cándido amante. Le miró y pudo leer hasta el fondo.

Del examen logró deducir que continuaba siendo siempre para el joven la madona del primer día. Renato se presentó con una mezcla de alegría, porque Susana le había llamado, y de timidez por su atrevimiento de buscarla en la Ópera y acechar su paso en la esquina de la calle; tal era la expresión de sus ojos azul oscuro y tiernos. Susana arregló la decoración esta tarde de otra suerte, sentándose cerca de la ventana, donde trabajaba en labores de seda. Las cortinas de encaje alzadas permitían divisar el paisaje del parque de Monceau, que iluminaba un sol de Febrero cuyos rayos venían á perderse en mil reflejos de oro sobre los cabellos de cómica tan hábil. Su traje blanco de fantasía con adornos color violeta y mangas abiertas, le daban el aspecto de una castellana de la Edad Media, y por último, cruzábanse modestamente sus pies so-

bre un tabureta, dejando ver la media de seda de los mismos tonos que el vestido. Si en aquel momento le hubieran recordado la escena que cuarenta y ocho horas antes había tenido lugar en el entresuelo de la calle del Monte-Tabor, Susana negaría la realidad; tal era la sinceridad que ponía en su papel actual. Pero el poeta no pasaba de su propia exaltación, que á los veinticinco años entusiasmo tanto como retrae á los treinta y cinco. ¡Qué delicia encontrar en aquella mujer la fisonomía de una santa después de la incertidumbre ocasionada por la carta que recibió el poeta! Santa que en cada movimiento y en la desnudez de su brazo hallaba el secreto de conmover á Renato con su perfume de heliotropo, y aquel delicado vello que relucía con el sol formando juego con el reflejo del dorado cabello.

Como la de Moraines no aludió ni á la Opera ni á su encuentro en la esquina de la calle, el joven perdió todos sus temores. Continuaba ella trabajando, y llevó la conversación al entusiasmo que sentía la condesa de Komof respecto del porvenir de Renato, y de aquí á manifestarse como persona únicamente ocupada en cosas literarias cuando verdaderamente no sabía distinguir entre Beranger y Hugo, entre Voltaire y Lamartine, y hasta hablaba de Teófilo Gautier como de un cono-

cido antiguo de quien debía conservar algunas cartas, siendo así que, si bien le encontró dos ó tres veces en tiempo del Emperador, apenas le había mirado por su falta de elegancia británica; pero Renato era entusiasta de Gautier.

—He sentido mucho molestar á usted para pedirle un autógrafo; pero mi amiga se marcha mañana á Rusia.

—¿Qué quiere usted que le escriba?

—Lo que usted guste—dijo Susana levantándose.

Y preparó las cosas todas para hacerle más fácil su tarea, cuidando á la vez de hallarse lo bastante cerca del poeta para envolverle en la red de sus encantos y de su aliento, hasta el punto de que temblara algo su mano al correr de la pluma sobre el papel. Allí puso las dos estrofas que la de Ethorel calificó de soneto.

Cuando terminó, la señora de Moraines, arrebatando las líneas y colocada detrás del poeta, recitó, más bien, suspiró los versos, enloqueciendo al autor, que no podía resistir á tanta y tan suprema lisonja.

Susana bajó sus hermosos ojos conmovidos hacia el poeta, y con sincera curiosidad esta vez, preguntó:—Esto no lo ha hecho usted para la comedia, ¿es verdad?

—Es verdad.

No quiso mentir ni aun para agradarla. Pero ¿cómo contar la indigna historia que en aquellos versos se resumía?

—¡Los hombres son libres! Nosotras, esposas cristianas, no tenemos ¡ay! otra misión que obedecer; es la más hermosa... No siempre escogemos dueño... Siento tanto no haber podido presentar á usted á Moraines; es un hombre encantador... No se ocupa gran cosa de arte, pero tiene mucho talento para los negocios... En la época actual se necesita, desgraciadamente, ser de Israel para subir. Es algo frío á primera vista... Mi sueño dorado era formar un salón de artistas y escritores, pero esos caballeros son algo celosos de ustedes, y además, Moraines no gusta de la sociedad, le agrada la intimidad estricta con gentes conocidas...

¡Qué dechado tan perfecto de mentiras, y cuánta perfidia revelaba! No era extraño, por consiguiente, que Renato se sintiera lleno de piedad hacia Susana, y de aversión á aquel alegre Pablo, que tomaba á los ojos del poeta un carácter difícil de tolerar.

—¡Si usted, señora, supiera cuántas veces he deseado entrar en las confidencias de ciertas melancolías que he creído sorprender en mis solitarios paseos á los Campos Eliseos!

Siempre me he figurado que las penas de los que viven en el lujo son las más dignas de lástima.

Susana le miró entonces como si la hubiera sorprendido encontrar en un hombre sentimientos que suponía reservados á su sexo.

—Estoy segura de que seremos pronto amigos, porque tenemos algunos rincones en el corazón de todo punto semejantes;—y añadió:—¿Cree usted, como yo, en las simpatías y antipatías instintivas? Pues voy á decir á usted una cosa, y quizás haga mal: su amigo de usted Larcher no me quiere bien.

Y se hallaba realmente emocionada, pensando, no en que Claudio hubiera dicho algo de ella; pues desde el principio comprendió que no, sino de si Renato era discreto, pues en el amor, los momentos peligrosos para los imprudentes son los de los comienzos y los de la conclusión, y sólo son seguros aquellos hombres capaces de callarse cuando viven en la esperanza ó en la amargura. Este factor era muy principal en la intriga que preparaba.

—No hemos hablado nunca de usted; pero como decía usted perfectamente la otra tarde, lleva siempre á la sociedad la melancolía de sus tristes amores. ¡Si pudiera usted verle en la existencia que le proporciona la que ama hoy!

—Esto no es una razón, sin embargo, para vengarse en las demás, haciéndolas la corte al acaso. Yo casi tuve que enfadarme con él un día... Sé que dijo de mí muchas cosas, pero se las he perdonado. Y ahora, Claudio puede hablar—añadió para su interior, cuando Renato se marchó con la promesa de volver á los tres días á la misma hora, con la colección de sus trabajos inéditos.

Estaba satisfecha de sí misma; miróse al espejo, y exclamó:—Es mío.

Y en la presente ocasión su alegría era verdadera.

Renato comprendía que no podía ser recibido allí; desconfiaba de su mejor amigo, y se entregaba por completo.

Susana había triunfado.

## X

## EN EL LAZO

Susana se creía muy lista, y lo era, con efecto; pero suele ser contraproducente pasarse de listo. Acostumbrada á confundir las cosas de labor con otras que se le parecen, aunque no lo son, ignoraba las generosidades y las expansiones del sentimiento en un sér tan joven como aquel por quien se interesaba su capricho medio romántico, medio sensual. Según su cálculo, la pérfida frase que lanzó contra Claudio, había de llenar á Renato de desconfianza, y, sin embargo, imprimió, por el contrario, en Renato una irresistible necesidad de hablar con Larcher, por más que le apesadumbrara la opinión injusta que alimentaba en contra de la señora de Moraines; así que lo primero que hizo Renato en cuanto dejó á Susana, fué tomar la calle de Varenne, á donde no había vuelto desde el día en que encontró allí á Colette. ¡Qué comparaciones establecía el poeta entre ambas visitas! Poseído de la fiebre, no razonaba, y en la rapidez del progreso de su amor, sólo veía un he-